

Murcia: fíale á Alhakem el trono y la vida en acabar con aquella rebelion: el sitio se activa; las aguerridas y triunfantes huestes del emir vencen en varios reencuentros á la gente allegadiza y baldía de Suleiman; tómanles las fortalezas del país; Suleiman y Abdallah se ven forzados á pasar á tierras de Valencia y Murcia: el emir se mueve tambien, y establece su cuartel general en Gingilia (Chinchilla). A poco tiempo se le presenta en Chinchilla el intrépido y fiel Amrú con la noticia de haber entrado en Toledo, de haber decapitado á Ambroz, cuya cabeza le llevaba en testimonio segun costumbre, y de haber dejado de gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf (799).

Intentan entonces Suleiman y Abdallah penetrar en Andalucía y apoderarse de Córdoba por un golpe de mano. Pero el activo emir les sale al encuentro, y casi en el mismo sitio en que en vida de su padre habia hecho el primer ensayo de su temeraria intrepidez contra aquel mismo Suleiman su tío, allí encontró ahora las huestes de los dos hermanos: allí correspondió otra vez al alto concepto que desde aquella primera ocasion habia hecho formar de su arrojo; allí en lo mas recio de la batalla vió caer á los pies de sus caballos al mayor de sus tios, Suleiman, clavada una flecha en su cuello. Desordenáronse con este golpe las bandas rebeldes, y Abdallah se retiró á Valencia á favor de la noche seguido de algunos. Cuando al emir le fué presentado el cadáver de su tío lloró sobre él, y mandó hacerle solemnes exequias á que asistió él mismo. Aunque Abdallah era muy querido en Valencia, tanto que le apellidaban *Al Balendi* (el Valenciano), no quiso prolongar por mas tiempo los males de una guerra que seria ya inútil, y envió á Alhakem su sumision ofreciéndole pasar á vivir en Africa ó donde le destinase. Admitió el emir la propuesta, concediéndole generosamente morar donde mas gustase, asignándole mil miteales de oro mensuales y cinco mil mas al fin de cada año, pero exigiéndole en rehenes sus hijos como en garantía de la fe de su padre. Trató Alhakem á sus primos como príncipes, otorgándoles altos empleos en muestra de su confianza y aun dió al mayor de ellos, Esfah, en matrimonio su hermana *Alkinza* (1). Volvióse con esto Alhakem á Córdoba, donde fué recibido con grande alegría (800). De este modo acabó la segunda guerra de los dos hermanos Suleiman y Abdallah, en que se vieron tantos ejemplos de esa extraña mezcla de crueldad y de sentimientos nobles y humanitarios tan comun en las gentes de la Arabia.

¿Había estado entre tanto ocioso y quieto Alfonso de Asturias? Por el contrario, aprovechando las desavenencias de los musulmanes habia hecho en 797 una atrevida excursion á la Lusitania, llevádola hasta las lejanas márgenes del Tajo, penetrado aunque momentáneamente en Lisboa, talado sus campiñas y traído ricos despojos. Hallándose Cárlo-Magno en Aquisgran, vió llegar unos personajes cristianos que mostraban ir de apartadas tierras, llevando consigo siete mil cautivos musulmanes con otros tantos caballos, lujosos arneses, y un magnífico pabellon árabe. Eran dos nobles españoles, Basílico y Froya, enviados y mensajeros de Alfonso el Casto de Asturias, que iban á ofrecer de parte de su rey al monarca franco aquellos preciosos dones, gloriosos trofeos de su feliz expedición á Lisboa, al propio tiempo que su alianza y amistad (2). Quedó desde entonces Alfonso en relacion íntima con el poderoso Cárlos, que extendió igualmente á su hijo Luis de Aquitania. Tambien á Tolosa, donde este príncipe celebraba una especie de asamblea para deliberar sobre el modo de hacer otra incursion en España, fueron mensajeros de Alfonso con presentes para aquel rey, siendo de este modo los tres monarcas el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo.

Pero tan íntimas relaciones, tales y tan cumplidas muestras de amistad por parte de Alfonso á los príncipes francos hubieron de ser interpretadas por algunos celosos próceres de Asturias como signos de dependencia, sumision ó vasallaje, y no pudiendo tolerar la idea del mas remoto peligro de dependencia extranjera, formóse un partido bastante poderoso

(1) *Alkinza* significa *el tesoro*.

(2) Eginhard, *Annal.*—Id. *Fuldens.*—Reginon, *Cron. cit.* por Florez, tom. XI, p. 6.

para derrocar á Alfonso del trono y encerrarle, bien que por muy poco tiempo, en el monasterio de Abellanica (802). Las sucintas crónicas de aquella era no nos dicen quién fuese aclamado en su lugar. Acaso ninguno porque muy brevemente, en aquel mismo año, los vasallos leales de Alfonso, que eran los mas, capitaneados por un godo llamado Theuda, le sacaron de la reclusion y le devolvieron la libertad y el trono de que injustamente le habian despojado. Fundado ó no el cargo que á Alfonso le hacian, es lo cierto que desde aquella fecha no se volvió á hablar ni de presentes ni de regalos, ni de afectuosos escritos de parte del rey de Asturias y Galicia al señor emperador Cárlo-Magno, como ya entonces se le llamaba (3). Tampoco desde entonces volvió á ser inquietado Alfonso en la pacífica posesion de su cetro.

Por dichoso hubiera podido tenerse Alhakem con no contar mas enemigos cristianos que los del Norte de España. Hubiera al menos podido reposar un tanto tranquilo en su soberbio alcázar y á la sombra de sus bellos jardines de Córdoba, despues de terminada la guerra civil de sus dos tios, si por el Nordeste de la Península no viera irse estrechando las fronteras de su imperio al empuje de las armas de otro formidable adversario. Ni Cárlo-Magno ni su hijo Luis habian renunciado á sus proyectos sobre España. Uno y otro tenian honra que vindicar, pérdidas que resarcir, y ambicion que satisfacer: y la asamblea de Tolosa que hemos mencionado, no habia sido estéril; habíase acordado en ella una nueva invasion, y realizóse con la ayuda y cooperacion que habia ido á ofrecerles en Tolosa aquel jefe de frontera Balhul, uno de aquellos moros de quienes dice la crónica árabe, «que acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los cristianos, para no obedecer á su señor ni servirle, y cuando ya no podian sufrir la opresion de los cristianos, fingian ser leales y buenos musulmes, y se acogian al rey, y que por esta causa se habia perdido aquella frontera.» Viene, pues, otra vez el ejército franco-aquitano. Gana fácilmente los lugares fronterizos: Gerona, tres veces en un año tomada y perdida por musulmanes y cristianos: la antigua Ausona, tan floreciente en otro tiempo, y en aquella sazón casi deshabitada (4); Caserras, situada sobre una alta roca; el fuerte de Cardona, en la pendiente de un desfiladero; Solsona, Manresa, Berga, Lérida, todas fueron cayendo sucesivamente en poder de los francos, que se dedicaron á fortificarlas, como quien pensaba hacer asiento en el país, que fué el núcleo de lo que habia de llamarse luego *Marca Hispana*, y quedó por entonces encomendado al conde Borrell. El gobernador de Barcelona Zaid rehusó entregar la plaza, segun habia ofrecido. Tal era la fe de los moros. Quedó Barcelona para ser especial objeto de una gran cruzada por parte de los francos.

En el primer año del siglo IX se celebraba en Tolosa una solemne asamblea, especie de Campo-de-Mayo, presidida por el rey de Aquitania. Tratábase de formar una gran liga de todos los condes y leudes francos y aquitanios para la conquista de Barcelona. El duque Guillermo de Tolosa fué el orador mas vehemente y el instigador mas fogoso en favor de la expedicion. Ardía en deseos de vengar el desastre de Orbieu. El discurso de aquel Guillermo, entonces duque y despues santo, arrastró tras sí los votos de toda la asamblea. Francos, gascones, godos y aquitanios, de Tolosa, de la Guiana y de la Auvernia, provenzales y borgoñones enviados como auxiliares por Cárlo-Magno formaron el grande ejército expedicionario, que fué dividido en tres cuerpos. En el otoño de aquel año (801), una numerosa hueste cristiana derribaba los árboles de las cercanías de Barcelona, levantaba estacadas, construía torres de madera, armaba escalas, arrastraba piedras, manejaba arietes y todo género de máquinas de batir. Un moro, seguido de una muchedumbre de gente, paseaba por lo alto de los muros de Barcelona. Era Zaid, que alentaba á los musulmanes á que no desmayaran á la vista del ejército

(3) Albel. *Chron.* 1. c.—Astron. *Vit. Hist. Ludovici Pii.*—Egin. *Vit. Karol. Magn.*

(4) Estaba tan destruida, que se le dió el nombre de *Vicus* (aldea) *Ausonensis*, de donde le quedó el de *Vic*, *Vique* y hoy *Vich*.

franco. Todos los asaltos de los sitiadores eran rudamente rechazados con no poca pérdida de la gente cristiana.

Los musulmanes esperaban que Alhakem les enviara socorros de Córdoba. Pero habíase apostado para impedirlo el duque Guillermo de Tolosa con el tercer cuerpo entre Tarragona y Lérida. Por otra parte, el moro Balhul, acaudillando á los cristianos del Pirineo, aquellos rústicos y bravos montañeses avezados á todo género de privaciones y de fatigas, devastaba las campiñas y poblaciones árabes que hallaba descuidadas, y en una de sus atrevidas excursiones llegó á apoderarse de Tarragona, que hizo su plaza de armas. Singular fenómeno el de un caudillo musulman haciendo guerra terrible á los de su misma creencia con guerrilleros cristianos. Un cuerpo de auxiliares andaluces mandado por Alhakem hubo de retroceder apenas llegó á Zaragoza, espantado del aparato bélico de los cristianos. Con eso pudo el duque Guillermo reunirse con su division á la de los sitiadores, y activáronse las operaciones del asedio, y jugaron con mas vigor las máquinas de guerra. Insultábanse y se denostaban sitiados y sitiadores. «¡Oh mal aconsejados francos! gritaba un árabe de lo alto del muro; ¿á qué molestaros en batir nuestras murallas? ningun ardíd de guerra os podrá hacer dueños de la ciudad. Sustento no nos falta; tenemos carne, harina y miel, mientras vosotros pasais hambre.»—«Escucha, orgulloso moro, le contestó el duque Guillermo; escucha palabras amargas que no te agradarán, pero que son ciertas. ¿Ves este caballo pio que monto? Pues bien, las carnes de este caballo serán despedazadas con mis dientes antes que mis tropas se alejen de tus murallas, y lo que hemos comenzado sabremos concluirlo.»

Lo del moro habia sido una arrogante jactancia. Hambre horrible llegaron á sufrir los sitiados: los viejos cueros de que estaban aferradas las puertas los arrancaban y los comian; otros preferian á las angustias del hambre precipitarse de lo alto de las murallas en busca de la muerte: todo menos rendirse: heroísmo digno de otra mejor causa y religion que la de Mahoma: excitaban ya la compasion como la admiracion de los mismos cristianos. Créese que luego recibieron socorros por mar, porque el sitio continuó, y ellos en vez de rendirse se mostraron mas firmes y animosos.

Aproximábase ya la ruda estacion del invierno, y esperaban los musulmes que los rigores del frio obligarian á los cristianos á levantar el sitio y volver el camino de Aquitania. Por lo mismo fué mayor su confusion y sorpresa al ver desde las murallas los preparativos para la continuacion del bloqueo, construir chozas, clavar estacas, colocar tablones, levantar, en fin, por todo el campo atrincheramientos y abrigos que indicaban intencion resuelta de pasar allí el invierno. Mayor fué todavia el desánimo de los mahometanos al percibir un día en el campo enemigo del lado del Pirineo un movimiento y una agitacion desusada. Era el rey Luis, que acababa de llegar del Rosellon con su ejército de reserva, avisado de que era el momento y sazón de venir á recoger la gloria de un triunfo con que ya se atrevian á contar. El desaliento de los musulmanes de la ciudad fué grande entonces: hablábase ya públicamente de rendicion: solo Zaid rechazaba esta idea con energía, y para reanimarlos les daba esperanzas de recibir pronto socorros de Córdoba. Poco tiempo logró mitigar la ansiedad del pueblo, porque los socorros no llegaban y Alhakem parecia tenerlos abandonados. Zaid veia crecer la alarma y los temores, y no hallaba ya medio de acallarlos. Asaltóle entonces el atrevido pensamiento de salir él mismo de la ciudad, ir á Córdoba, pedir auxilio al emir, y volver á la cabeza de las tropas auxiliares á libertar á Barcelona. Arrojado era el proyecto, pero ante ninguna dificultad retrocedia el intrépido y valeroso Zaid. Comunicóle á los demás jefes, nombró gobernador de la plaza durante su ausencia á su pariente Hamar, y se dispuso á ejecutar su designio á la noche siguiente. Encargó y recomendó mucho á sus compañeros que no desanimaran, que no se asustaran por nada, que tuvieran serenidad, pero que no provocaran al enemigo con salidas imprudentes, seguros de que no tardaria en venir en su socorro.

A estas instrucciones añadió otra muy notable, que prueba

la prevision al mismo tiempo que el ardor generoso del bravo musulman. «Si por casualidad, les dijo, cayese en poder de los cristianos, lo cual no es imposible, y quisieran sacar partido de mi cautiverio imponiéndome por condicion para el rescate de mi vida el exhortaros á entregar la ciudad, no me escucheis, no hagais caso de mis palabras, manteneos firmes, sufridlo todo, hasta la misma muerte, como la sufriré yo, antes que rendiros con ignominia. Esto es lo que os dejo encargado.» ¿Cómo no habia de inflamarse, por decaído que estuviese, el espíritu de los musulmes con tales palabras?

Llegó la noche; una noche tenebrosa de invierno. Zaid habia observado un sitio del campo enemigo en que las tiendas y cabañas estaban menos espesas ó á mas distancia unas de otras. En aquella direccion salió Zaid á caballo por una puerta secreta: el animal parecia comprender el oculto designio de su dueño; en medio del silencio de la noche percibíase apenas sus pisadas: así llegaron sin ser sentidos casi á las últimas chozas que ceñian el campamento: unos pasos mas, y el atrevido musulman se veia libre de peligros. Ya casi se liasonjeaba de estarlo cuando una desigualdad del camino hizo tropezar al caballo: el cuadrúpedo se levanta, relincha, espoleale el jinete, corren... poco les falta para salvar el campo... pero al relincho del corcel todos los centinelas se han puesto en movimiento, y Zaid encuentra embarazado el paso por un peloton de soldados. En su vista retrocede camino de Barcelona: pero la alarma habia cundido por todas partes; por todas encuentra soldados cristianos, que le acosan, le cercan, le hacen en fin prisionero, y le conducen á la tienda del rey. La alegría se derrama por el campamento cristiano; la noticia no tarda en llegar á los sitiados de Barcelona: compréndese el terrible efecto que causaria.

Sucedió todo lo que Zaid habia previsto. Los francos quisieron valerse de su ilustre prisionero para que aconsejara á los suyos la entrega de la ciudad. Presentáronle, pues, ante los muros de Barcelona con un brazo ligado, el otro desnudo y suelto. Cuando Zaid llegó á sitio de poder hacerse oír de los suyos agolpados sobre las murallas, extendió hácia ellos el brazo que le quedaba libre, y comenzó á exhortarlos á voz en grito que abriesen las puertas de la ciudad; pero al mismo tiempo doblaba los dedos y hacia otras semejantes demostraciones, como para dar á entender que ejecutarán todo lo contrario de lo que con la voz les ordenaba. Reparó el duque Guillermo en aquel juego misterioso, sospechó de él, y no pudiendo reprimir su indignacion, dejóse arrebatado hasta el punto de descargar su puño sobre el rostro del astuto musulman. Su seña, sin embargo, no habia sido perdida: los jefes de la ciudad la comprendieron y continuaron defendiéndose con vigor. Tambien los sitiadores redoblaron sus esfuerzos. Resolvióse el asalto general; no hubo máquina que no se empleara; eran tantas, dice la crónica, que faltaba sitio para colocarlas: abriéronse al fin algunas brechas, mas al penetrar por ellas los cristianos, millares de flechas, piedras y dardos llovian sobre ellos. Los cristianos hacian no menor destrozo en los musulmanes.

Ultimamente, agotados todos los medios de defensa, hostigados por todas partes, oprimidos por el número, su jefe en poder de los sitiadores, cedieron los árabes y se rindieron, mas no sin obtener honrosas condiciones del vencedor, entre ellas la de salir de la ciudad ellos y sus familias con armas y bagajes, y la de poder retirarse libremente á la parte de territorio musulman que les agradase escoger. Bajo este pacto abrieron las puertas y franquearon la entrada al ejército franco-aquitano. Solo entró aquel día una parte de él á tomar posesion de la ciudad. Hizolo el rey al siguiente con gran aparato, precedido de sacerdotes y clérigos cantando salmos y entonando himnos, y con este cortejo pasó á la iglesia de Santa Cruz á dar gracias á Dios por tan importante victoria (1).

(1) A las noticias de Eginhard, del Astrónomo autor de la vida de Ludovico Pio, del arzobispo Marca, de Conde, de la Historia de Languedoc, etc., sobre estos sucesos, hemos añadido los interesantes y dramáticos pormenores que solo se encuentran en la obra titulada *Gesta Ludovici Pii*, de *Ermoldius Nigellius*, ó Ermold el Negro, como le nombra monseñor Guizot.

Poco tiempo permaneció en Barcelona el rey Luis. Dejando en ella en calidad de conde á Bera, noble godo, y uno de los capitanes que mas se habian distinguido en el asedio, con fuerte guarnicion de francos y españoles, regresó á Aquitania. Desde allí despachó al conde Bego á anunciar al emperador Cárlo-Magno, su padre, los triunfos de sus armas, enviándole en testimonio de ello al ilustre y desgraciado prisionero Zaid con multitud de despojos de guerra. Bego encontró en Lyon un ejército que Cárlo-Magno enviaba en auxilio de su hijo Luis,



CÁRLO-MAGNO

al mando de Cárlos su hermano mayor, el cual, no siendo ya necesario, volvió incorporado con Bego cerca de su padre. Extraordinario júbilo causó al emperador la nueva de la conquista de Barcelona, y acaso, añade un historiador francés, le halagó un momento la idea de poder hacer de toda España una provincia del imperio de Occidente con que acababa de ser investido (1). Cuéntase que Zaid fué mal recibido y no mejor tratado por el nuevo emperador, y que el mismo día de su presentación le condenó á destierro.

Tal fué el famoso sitio y toma de Barcelona por Ludovico Pio, hijo de Cárlo-Magno y rey de Aquitania; uno de los mas importantes acaecimientos de aquella época, por las consecuencias que estaba llamado á producir; verdadero fundamento de la Marca Gótica, y principio y base del condado de Barcelona, que tanta influencia y tanto peso habia de tener en la solemne lucha entre el mahometismo y el cristianismo, entre la esclavitud y la libertad de España, que hacia cerca de un siglo se habia inaugurado.

CAPITULO VIII

Alfonso II en Asturias: Alhakem I en Córdoba

DE 802 Á 843

Recobra Alhakem una parte del territorio perdido en la España Oriental.—Noche horrible y trágica en Toledo.—Espantoso espectáculo.—Crueldad abominable del walf Amrú.—Sublevacion en Mérida apagada. La bella Alkinza.—Conspiracion en Córdoba contra el emir.—Otra catástrofe sangrienta.—Cárlo-Magno y su hijo Luis de Aquitania intentan en vano por tres veces distintas tomar á Tortosa.—Frústrase otra expedicion de los francos contra Huesca.—Invasion de Ludovico Pio, rey de Aquitania, hasta Pamplona.—Sus exquisitas precauciones al regresar por Roncesvalles.—Triunfos del rey Alfonso el Casto en Galicia sobre los árabes.—Famosos rescriptos de Cárlo-Magno y Luis el Pio en favor de los españoles de la Marca Hispana.—Abdicacion del emperador Cárlo-Magno en su hijo Luis.—Alhakem proclama sucesor del imperio á su hijo Abderrahman.—Muerte de Cárlo-Magno y division de sus Estados.—Horrorosas escenas en Córdoba.—Suplicio de trescientos nobles musulmanes.—Famosa destruccion del arabal.—Emigracion de veinte mil cordobeses.—Misantropía de Alhakem: sus demencias: su muerte.—Alfonso el Casto: funda y dota la catedral de Oviedo.—La cruz de los Angeles.—Invenccion del sepulcro del apóstol Santiago.—Se erige en catedral el templo de Compostela.—Restablece Alfonso el orden gótico en su reino.—Ultimos hechos de Alfonso el Casto: su muerte.

Dominaba Alfonso el Casto en el segundo año del siglo IX además de las Asturias, el país de Galicia hasta el Miño, algunos pueblos de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y las provincias vascas, debilitándose su accion en estas últimas hasta perderse en la Vasconia, que á veces se sometia á los sarracenos ó se aliaba con ellos ó con los francos, ó se mantenian libres algunas de sus comarcas el tiempo que podian. Las ciudades de la Lusitania, poseidas por los árabes,

(1) Cárlo-Magno recibió la corona del imperio de Occidente de mano del papa Leon III en Roma el año 800.

pero expuestas á las irrupciones de los cristianos de Asturias, solian mudar frecuente aunque momentáneamente de dueño, segun los varios sucesos de la guerra. Los musulmanes acababan de ver desmembrarse una buena parte de su imperio por una y otra vertiente del Pirineo Oriental, y la conquista de Barcelona aseguraba al hijo de Cárlo-Magno el territorio español que con el nombre de Marca Hispana se extendia desde las fronteras de la Septimania hasta Tortosa y el Ebro, y constituia una parte integrante de la Marca Gótica.

No se comprende la causa de haber estado el emir Alhakem tan remiso en socorrer á los apurados defensores de Barcelona. Acaso no le pesaba ver comprometido á aquel Zaid que antes habia cometido la imprudente ligereza de ofrecer la entrega de la plaza á Cárlo-Magno. Es lo cierto que todo estaba terminado ya cuando el emir se movió con su ejército á Zaragoza. No fué, sin embargo, estéril esta expedicion. Procedió primeramente á ocupar á Pamplona que no perdonaba ocasion de desprenderse del dominio musulman, y descendiendo por las riberas del Ebro pasó á Huesca, cuyo walf Hassan era de aquellos que se ofrecian á musulmanes y á cristianos, y no guardaba fe ni á cristianos ni á musulmanes. Y habiendo restablecido allí su autoridad y acaso decapitado al walf (de quien por lo menos no volvió á saberse), dedicóse á exterminar al famoso guerrillero mahometano Balhul, que desde Tarragona, la antigua ciudad de los Escipiones, y de los Césares, ahora guarida de un bandido musulman, con sus bandas de cristianos, gente ruda y montaraz de los Pirineos, sorprendia las guarniciones musulmicas de las comarcas del Ebro, vejaba las poblaciones y devastaba los campos. Pudo el emir apoderarse fácilmente de Tarragona, que se hallaba desmantelada de muros, pero habiéndose corrido Balhul hácia Tortosa, allí le persiguió el emir, que despues de darle muchos combates parciales logró al fin vencerle en formal batalla, no sin esfuerzo grande, que no menos de catorce horas se sostuvo peleando con impavidez el rebelde caudillo musulman. Cayó por último vivo en manos del emir, que instantáneamente y en el acto le hizo decapitar (803). Con esto y con proveer á la seguridad de la frontera, sin intentar por entonces recobrar á Barcelona, regresó Alhakem por Tortosa, Valencia, Denia y el país de Tadmír á Córdoba, desde donde envió una embajada (804), con un séquito de quinientos caballeros andaluces, al jóven Edris ben Edris, que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole su amistad y alianza; que importaba mucho á los Omniadas de Córdoba fomentar todo lo que fuese desmembrar el imperio de los Abassidas de Oriente (2).

Una serie de horribles tragedias, tan espantosa que las tomáramos por ficciones de imaginaciones sombrías si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas, señalaron el resto del reinado del primer Alhakem.

Atónitos y helados de estupor se hallaron una mañana los moradores de Toledo al ofrecerse á sus ojos el sangriento espectáculo de cuatrocientas cabezas separadas de sus troncos y destilando sangre todavía. El espanto se mudó en indignacion al saber que aquellas cabezas eran de otros tantos nobles toledanos. ¿Quién habia sido el bárbaro autor de aquella horrorosa matanza, y cuál la causa del espantoso sacrificio?

Recordará el lector que cuando el walf Amrú rescató á Toledo del poder del rebelde Ambroz, cuya cabeza llevó al emir hallándose en Chinehilla, habia dejado por gobernador de la ciudad á su hijo Yussuf. Este inexperto y acalorado jóven habia con sus violencias y su imprudente conducta exasperado en tal manera á los toledanos, que llegó á producir un tumulto popular en que su alcázar, su guardia, su vida misma corrieron inminente riesgo. Interpusiéronse los jeques y principales vecinos, y lograron apaciguar la tumultuada muchedumbre. Mas sabiendo que el imprudente walf intentaba hacer un ejemplar escarmiento en los sublevados, y temiendo que provocara nuevos desórdenes y desafueros, apoderáronse ellos mismos del temerario Yussuf, y encerráronle en una fortaleza

(2) Este Edris ben Edris, segundo emir independiente de Africa, fué el que despues en 807 (191 de la hégira) edificó la ciudad de Fez, que vino á ser capital de un imperio.

za, enviando luego un mensaje al emir en que le participaban respetuosamente lo que se habian visto forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo. Recibió el emir estas cartas cuando iba á Pamplona, enseñóselas á Amrú, el padre de Yussuf, y despues de haber acordado sacar á Yussuf de Toledo, donde su presencia era peligrosa, y dádole la alcaidia de Tudela, Amrú, disimulando el agravio, se convidó á reemplazar á su hijo en el gobierno de Toledo á lo cual accedió el emir.

Oculto llevaba ya Amrú un pensamiento de venganza contra los nobles toledanos que habian sabido enfrenar á su desacordado hijo. Meditaba una ocasion, y quiso que fuese estruendosa y solemne. Enviaba Alhakem á la España Oriental cinco mil caballos andaluces al mando de su hijo Abderrahman, jóven de quince años. Al pasar la hueste cerca de Toledo salió Amrú á rogar al jóven príncipe se dignase entrar en la ciudad y descansar algun dia en su alcázar. Aceptó Abderrahman la invitacion, y se hospedó en casa del walf, el cual para obsequiar al ilustre huésped dispuso para aquella noche un magnífico festin, á que convidó á todos los vecinos mas distinguidos y notables de la ciudad. Acudieron estos á la hora señalada. Al paso que los convidados entraban confiadamente en el alcázar, apoderábase de ellos los guardias de Amrú, conducíanlos á una pieza subterránea, y allí los iban degollando. El trágico término del festin le pregonaban á la mañana siguiente las cuatrocientas cabezas que el bárbaro Amrú hizo enseñar al pueblo para inspirarle terror. ¿Qué parte habian tenido en la horrenda matanza Alhakem y su hijo? Si el emir no la habia ordenado ó consentido, por lo menos así se divulgó por la ciudad, y gran parte del odio y de la animadversion pública cayó sobre él (805). En cuanto al jóven Abderrahman, no se le creyó participante de la negra traicion. A los tres dias salió con su hueste en direccion á Zaragoza (1).

Amagaba casi al mismo tiempo en Mérida otra catástrofe, que acertó á evitar la resolucion animosa de una mujer. Esfah, el primo y cuñado de Alhakem, que tenia el gobierno de aquella ciudad, habia destituido á su wazir, el cual persuadió al emir de Córdoba que su destitucion envolvía de parte de Esfah el proyecto de sustraerse á la autoridad del emirato y de proclamarse independiente. Creyólo Alhakem, y á su vez ordenó la separacion de Esfah. Negóse este á obedecerle diciendo: «Pues qué, ¿así se depone á un nieto de Abderrahman como á un hombre vulgar?» La respuesta excitó la cólera de Alhakem, que partió al punto á Mérida, resuelto á hacer un ejemplar escarmiento en el soberbio walf. Guerra terrible amenazaba á Mérida sitiada por el ejército de Alhakem, desgracias y desórdenes se temian dentro de la poblacion, cuando por una de las puertas de la ciudad se ve salir montada en un fogoso corcel una mujer árabe lujosamente vestida, que acompañada de dos solos esclavos atraviesa impávida el campo de los sitiadores, y se dirige y llega hasta el pabellon del emir. Era la bella y virtuosa Alkinza, hermana de Alhakem y esposa de Esfah, que con varonil resolucion habia salido á interceder, y con elocuente persuasiva pedia gracia al ofendido hermano en favor del desobediente marido. Dejóse vencer Alhakem á pesar de la acritud y aspereza de su genio, y se conjuró y desvaneció la tempestad. Juntos y en armonia entraron los dos hermanos en Mérida, y Esfah, que no esperaba sino ser decapitado si caia en manos del emir, le tuvo hospedado en su casa y recibió de él la confirmacion de su autoridad. Convirtiósese en alegría y fiesta lo que se creyó que ocasionaria solo llanto y luto, y Mérida bendecia á la noble y hermosa Alkinza (806).

Mas si la borrasca de Mérida se habia conjurado por la mediacion benéfica de una mujer, otra tan terrible como la de Toledo se preparaba en Córdoba, que ayudó á estallar el maléfico soplo de un hombre instigador. Una conspiracion se habia fraguado en la capital del imperio contra el aborrecido emir. Cassim, su primo, habia fingido entrar en ella, y bajo la fe de conjurado le habia sido confiada la lista de los conspiradores, que eran hasta trescientos caballeros de los principales de Córdoba. El desleal Cassim escribió reservadamente á

su primo que se hallaba en Mérida, indicándole lo que pasaba y excitándole á que sin pérdida de tiempo se trasladase á Córdoba para castigar á los conjurados. Así lo ejecutó el colérico emir. Dos dias antes que hubiera de estallar la conspiracion, Cassim, que estaba al corriente de todos sus planes y pasos, entregó á su primo la fatal nómina, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. «No se durmió el rey, añade la crónica, y por diligencia del walfcodá, ó presidente del consejo, á la tercera vela de la noche vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados, y mandó que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores enemigos de su rey*. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento (2).» Así practicaba Alhakem los humanitarios consejos que su padre le habia dado al tiempo de morir!

Despues del viaje de Alhakem á las fronteras del Ebro, los vascones y pamploneses parece se habian desprendido de nuevo de la sumision á los árabes uniéndose al rey de Aquitania, y en Galicia los caudillos musulimes habian concertado ya una tregua de tres años con los cristianos del rey Anfús (Alfonso); que de esta manera se entablaban ya negociaciones entre el pueblo conquistado y el pueblo conquistador (3).

Donde mas viva se mantenía la guerra, aunque en parciales choques y sin resultados sustanciales, era en el territorio que entre el Pirineo y el Ebro se conocia ya con el nombre de Marca Hispana, siendo ahora Barcelona el baluarte principal de los franco-aquitianos, como antes lo habia sido de los árabes, y sirviendo á estos de apoyo la plaza de Tortosa, que como llave del Ebro y el punto mas avanzado que les quedaba ya de aquella frontera se habian dedicado á abastecer en abundancia y á fortificar con esmero. Era tambien por lo mismo el punto en que tenia clavada su vista Cárlo-Magno desde su palacio de Aquisgran. Así en cumplimiento de sus órdenes, de que era su hijo Luis de Aquitania dócil ejecutor, salieron en 809 de Barcelona dos cuerpos de ejército á poner sitio á Tortosa, el uno á las inmediatas órdenes del mismo rey Luis, el otro á las de Borrell, marqués de Gothia, de Bera, conde de Barcelona, y de otros condes de la Marca de España. El primero recobró de paso á la desmantelada Tarragona, tomó algunas fortalezas, destruyó otras, incendió y saqueó las poblaciones del tránsito y se puso sobre Tortosa. El segundo, despues de una correría hasta el Guadalupe, cuyos romancescos pormenores é incidentes se complacen las crónicas francas en contar, logró al fin incorporarse con el primero ante los muros de aquella plaza, cuyo asedio emprendieron con vigor. Mas habiendo acudido desde Zaragoza el jóven príncipe Abderrahman junto con el walf de Valencia, dieron tan impetuosa acometida á los cristianos, que haciendo en ellos no poca matanza obligaron á los francos á tomar el camino de Barcelona con mas precipitacion de la que competia á soldados de Cárlo-Magno, á tantos condes acreditados de guerreros y á un rey tantas veces victorioso cual era el hijo del emperador.

Ganó con esto no poca fama entre los suyos el jóven Abderrahman, que apenas frisaba entonces en los 19 años. Mas en vez de recoger los frutos de su primera victoria, corrió á recoger aplausos en Córdoba, siendo nombrado en su lugar walf de Zaragoza el famoso Amrú, el verdugo de Toledo (809). El gobierno de Zaragoza era tentador para un musulman del temple de Amrú. Distante del gobierno central, y comprendiendo bajo su dependencia porcion de ciudades importantes de las fronteras de la Marca y de la Vasconia, comprendió Amrú el partido que de su nueva posicion podia sacar, haciendo un doble papel con el emir su señor y con Cárlo-Magno, el jefe de la cristiandad. Y como por muerte del conde franco Aureolo se apoderase bruscamente de las plazas de la Marca, por un lado escribia al emir poniendo á su disposicion con la alegría de un celoso musulman su nueva conquista, mientras por otro despachaba un mensaje á Cárlo-Magno ofreciendo ponerse á su servicio: mensaje en que el emperador creyó de lleno, correspondiéndole con otro y enviándole lega-

(2) Conde, cap. 34.

(3) Eginhard, ad ann. 806.—Conde, ubi supra.

(1) Conde, cap. 32 y 33.